

los pocos años ascendió á párroco. Le estimaba mucho don Alejandro, y le dió un abrazo apretadísimo. Tuteaba á las Escribanas, porque eran hijas suyas de confesión y pertenecían además á una de las congregaciones que él dirigía, y las dijo algunas cuchufletas en cuanto las vió allí muy emperejiladas. Con esto se conjuró la tormenta que amagaba estallar. Llevando don Alejandro la conversación al terreno de don Ventura, habló éste del estado en que se hallaba la Colegiata: bastante bueno. Según los inteligentes, porque él no lo era, el templo, sin ser un monumento de gran importancia, valía la pena de ser atendido, aun sin considerarle, como le consideraba él ante todo, como casa de Dios. Era relativamente moderno, de estilo greco-romano, bien lo sabía el señor Bermúdez; y aunque no rico por su ornamentación, de cierta grandiosidad aparente... Para Villavieja, como la Catedral de Toledo. Los dos coadjutores (que ya vendrían á ver á don Alejandro, quizá en aquel mismo día) le ayudaban con celo y hasta con entusiasmo, y resultaban de ese modo bastante esme-

radas y solemnes las funciones del culto. Para el vecindario que tenía Villavieja, en rigor, en rigor, se necesitaba mayor personal que el que tenía la parroquia; pero teniendo en cuenta los tiempos que corrían, no se estaba mal del todo.

Gracias á los buenos sentimientos de los villavejanos, en el templo no se carecía de nada de lo principal... con excepción del órgano, que á lo mejor no sonaba, de puro viejo y remendado. Se trataba de adquirir otro, y ya se habían tanteado voluntades con bastante buen éxito... Don Cesáreo, el marido de doña Lucrecia, había ofrecido una cantidad considerable, y mayor, si fuere necesaria. Dios era la Suma Bondad y cuidaba de todos, particularmente de los villavejanos, entre los cuales no arraigarían nunca las malas ideas... Últimamente había caído allí una semillita de cizaña... cosa de nada; pero que, como todo lo malo, fructificaría si no se exterminaba á tiempo: el hijo de un tabernero mal aconsejado; un chilindrín presuntuoso, un tal Maravillas, que con el polvo de las aulas, ó de los gariotos, en la ropa, se había echado á predicar

entre la gente menuda unas doctrinas endemoniadas, que corrían el peligro de tomar algún arraigo, por lo mismo que no eran entendidas ni del predicador ni de los oyentes. Por eso había que vivir alerta. ¡Semejante mequetrefe, ignorantón y atrevido! Últimamente andaba empeñado en la obra, que llamaba él redentora, de publicar un periódico, que se imprimiría en la capital, porque allí, en Villavieja, no había imprenta todavía... ¡Tendría que leer lo que dijera ese periódico escrito por un trastuelo que discurría y pensaba como Maravillas, en una población de tan sanas ideas como Villavieja!

Se habló mucho de esto; se fueron las Escribanas, y entraron, casi unos tras otros, el juez de primera instancia, el abogado Canales, Codillo con sus hijas, el médico don Cirilo, las Corvejonas y algunos notables más de la villa. Apenas se cabía en el testero del estrado donde recibían los señores de Peleches; y á estas apreturas y al respeto que infundían allí los personajes graves, se debió, para suerte de los de casa, que ni las Corvejonas ni

las de Codillo estuvieran en el lleno de sus papeles, como habían estado en los suyos respectivos las Escribanas y Rufita González, y se marcharon pronto.

Cuando se sentaron á la mesa, muy corrida ya la una de la tarde, los de Peleches, Nieves sentía quebrantos en el cuerpo, como si hubiera rodado por una montaña; y además estaba medio asustada con las cosas de aquellas mujeres tan parleteras, tan maldicientes y tan feroces. Le aterraba la idea de un trato frecuente con ellas, y pidió por misericordia á su padre que la librara de ese suplicio.

Don Alejandro se reía de buena gana de estos temores de su hija, y la entretuvo mucho explicándola la verdadera sustancia de aquellas cosas que la asustaban por no conocerlas tan bien como él. Desmenuzólas convenientemente; separó á un lado lo que en ellas había de malo por resabios de localidad y faltas de verdadera educación, y á otro lo que era sano y noble, honradísimo y muy estimable en el fondo, y demostró á su hija, sin gran esfuerzo, que, cultivando por este lado y con sumo tino y con poca

frecuencia el trato de aquellas personas, hasta llegaría á quererlas. De todas suertes, ella había ido á Peleches para hacer una vida á su gusto, sin agravio ni ofensa de los demás, y esa vida haría allí.

Por la tarde continuaron las visitas, que subían á Peleches sudando el quilo, porque aquel día achicharraba el sol. Dígalo la Indiana madre, que se presentó con vestido de terciopelo, el mayor lujo de todos los cofres de la villa, arreglado por cuarta ó quinta vez del que le regaló su Martín al casarse con ella.

Cerca ya del anochecer y cuando en Peleches no se esperaba á nadie, llegaron los Vélez de la Costanilla. Eran tres, lo único que quedaba ya de los Butibambas de Villavieja: un señor don Gonzalo, alto, huesudo y pálido, con la cabeza calva y la cara muy rasurada, tieso corbatín y levita negra muy ceñida, bastante pasada de moda y de uso. Juanita Vélez, doncella cuarentona, larga y enjuta, por el estilo de su padre, lacia de pelo, de buenos ojos y muy regulares facciones, vestida de finas telas, pero muy antiguas; presuntuosa-

mente simple el corte de su atalaje, pero también algo anticuado; y por último, Manrique, el menor de los Vélez, hermano de Juanita, un giraldón desvaído y soso, con la boca muy grande y los dientes amarillos, mucho pie, largas piernas y bastante nuez. Era abogado por lujo, y por lujo consumía su juventud encerrado en el caserón de la Costanilla, por hábito de tener en poco á las gentes de Villavieja.

Aquella visita fué pesada y melancólica, y además muy molesta para Nieves, que estuvo incesantemente entre las miradas de los dos hermanos: las de Juanita, inquisidoras y mordicantes, y las de Manrique, voraces y hasta desvergonzadas. Se cruzaron pocas palabras entre los tres; y de esas pocas, las de Nieves fueron monosílabos; las de Juanita impertinencias, y las de Manrique, sandeces. Don Gonzalo, que leía *La Época*, habló un poco con don Alejandro de las audacias de los partidos extremos y de la decadencia de la aristocracia española por influjo necesario de las nuevas corrientes, de las que no se apartaba lo que debía y á lo cual la obligaban sus glo-

riosas tradiciones y la altísima misión que le estaba encomendada por la Historia, y hasta por la Providencia divina... Esto le llevó como una seda á trazar un croquis de su vida en aquel centro minúsculo en que bullían y se agitaban, en las debidas proporciones, los mismos instintos malos y las mismas concupiscencias que en las grandes capitales. A Dios gracias, había logrado conservar hasta la fecha todo su prestigio y en la misma fuerza en que le había heredado de sus mayores. No concebía, en su clase, la vida de otro modo, ni podía acomodarse á ciertas artimañas y componendas con las clases inferiores, como hacían otros... porque así les iba mejor. Era cuestión de dignidad nativa, y no había que disputar sobre ello.

No pensaba en semejante cosa el tuerto Bermúdez, que le escuchaba sin pestañear y bostezando á ratos; y eso que podía jurar que lo de las artimañas y las componendas con las clases inferiores, iba con él porque era rico y del solar de Pelechés, y vivía en Sevilla, y tenía negocios y amigos de muchas castas en varias partes, incluso

Villavieja; sabía también que los Vélez de la Costanilla le detestaban con cuanto le pertenecía, y que si venían á visitarle entonces era sólo por darse lustre y venderle la fineza; sabía además que el resoplado Vélez, con todos aquellos pujos de idealismo aristocrático, era, só capa, el mayor y más funesto intrigante que había en Villavieja, con excepción del otro, de Carreño, el de la Campada, que allá salía con él en intrigas y en agallas; y sabía, por último, que era relativamente pobre y pobre vanidoso, vivía retraído y envidioso y maldiciente, lo mismo que sus hijos é igual que todos sus fidalgos progenitores. Lejos de pensar en contradecirle en nada el campechano Bermúdez, á todo le dijo «amén» por ser ese el camino más derecho para llegar al fin de la visita, que era lo que más deseaba entonces.

Túvole al sonar las nueve de la noche; y los Vélez de la Costanilla se despidieron y se marcharon con el mismo insípido ceremonial con que se habían presentado en el solar de Pelechés.

En cuanto se vió Nieves á solas con su padre, le dijo:

— Creo que estoy mala, papá, y que si vienen más visitas esta noche, me muero.

— Y yo también, — respondió don Alejandro, recorriendo el salón á grandes pasos para desentumecerse. — Pero no tengas cuidado, que no vendrán; y si vinieran, perderían el viaje y el tiempo, porque voy á dar órdenes para que se cierren las puertas, como si nos hubiéramos muerto ó zambullido ya en la cama... Pero dime antes: de todas las visitas que nos han hecho hoy, ¿cuál te ha parecido la más molesta?

— La última, — respondió Nieves sin vacilar. — Ésta de los Vélez. ¡Ay, qué estampas de escaparate! Siquiera las otras...

— Justo, resultan divertidas.

— Eso es.

— Pues aun te faltan otros ejemplares de primera: los Carreños de la Campada, rivales de los Vélez de la Costanilla, que acabas de conocer... y lo que Dios nos tenga destinado, hija mía; porque al paso que vamos hoy, no es fácil adivinar lo que

sucedirá mañana. De todas suertes, la batallá ha de durar pocos días... Recuerda lo que don Claudio nos dijo.

— Sí; pero ¿y los del pago?

— Esos no te apuren: se toman á nuestra comodidad, ó no se toman... ó se corta por donde convenga; y que arda Troya si es preciso. A nosotros ¿qué? Por de pronto, cenaremos para cobrar fuerzas; y con eso y el descanso de la cama, amanecerá Dios mañana y medraremos... ¡Catana! ¡Catana!...

Se presentó la rondeña á los pocos momentos, con una carta en la mano; y mientras se la alargaba á su señor, la dijo éste:

— Que se cierren los portones de la calle y que nos preparen la cena á escape... ¿Quién ha traído esta carta?

— Un mandaero.

— ¿Espera la respuesta?

— No zeñó.

Abrióla don Alejandro que ya había entrevisto al pendolista en la bastarda algo temblona del sobre; leyó la firma ante todo, y dijo á Nieves:

— De quien yo me presumía por la letra.

— ¿De quién, papá?

— Del famoso farmacéutico. A ver qué se le ocurre al bueno de don Adrián.

«SR. D. ALEJANDRO BERMÚDEZ PELECHES.

»Mi amigo, señor y dueño: hallándome imposibilitado de salir hoy de esta su casa por la torcedura de un pie (cosa de poca importancia); ausente mi hijo desde que se fué esta mañana á hacer una de las suyas, y no queriendo ser el último de sus buenos amigos en dar á ustedes la bienvenida, se la mando en estos renglones.

»Mientras llega la ocasión de dársela de palabra, tengo un señalado placer en repetirle que soy de usted verdadero amigo y s. s. q. s. m. b.

»ADRIÁN PÉREZ.»



— Así habían de hacerse todas las visitas — dijo Nieves — para que no resultaran pesadas.

— Pues precisamente es la de este perínclito boticario de las pocas, si no la única, que yo hubiera recibido hoy con verdadero placer. Tanto, que mañana mismo he de ir yo á verle.

— ¡Ay, papá! — exclamó Nieves alarmada de veras. — ¿Y si vienen visitas estando yo sola?

— Ya se elegirá una hora conveniente, — respondió su padre para tranquilizarla. — Y á mayor abundamiento, te llevaré conmigo, y tomaremos el aire de paso, y estiraremos los tendones; y si vienen visitas, que vengan; y si se amoscan... mejor... ¡canástoles! ¡Viva la libertad de Peleches!

Y se fueron al comedor, triscando como dos chiquillos después de salir de clase.

